



VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

Visiones de la guerra

(Colaboraciones en *La Esfera* y en *Mundo Gráfico*)



AJUNTAMENT DE VALÈNCIA
REGIDORIA DE PATRIMONI I RECURSOS CULTURALS



CULTURAL VALÈNCIA

ÍNDICE

<i>A modo de presentación.....</i>	4
Los dos soldados.....	8
Los ingleses.....	17
Guerra folletinesca.....	21
La casa del artista.....	25
Juego de trincheras.....	29
Los españoles en la guerra.....	31
Un héroe.....	36
Visiones de la guerra.....	40

A MODO DE PRESENTACIÓN

El estallido de la Gran Guerra en julio de 1914 sacudió de forma inaudita la civilización occidental. La destrucción y los millones de muertos que acompañaron el conflicto bélico fueron entrevistados por muchos con tintes apocalípticos. No era para menos, cuando las dimensiones catastróficas del avance alemán resultaban tan palpables.

A Vicente Blasco Ibáñez el inicio de las hostilidades armadas le pilló instalado en París. Había trasladado definitivamente su residencia a Francia después de su aventura argentina como colono agrícola. Precisamente, a raíz de las pérdidas acumuladas en dicha empresa, su situación económica era muy complicada. Confiaba en recuperarse dedicándose en exclusiva al cultivo de las letras. Como le había confiado a su yerno Fernando Llorca, iba a escribir una serie de novelas «de la raza», en las que aprovecharía su afición por los asuntos históricos y su conocimiento directo de determinadas geografías sudamericanas. Sin embargo, la Gran Guerra vino a cambiar por completo sus planes. De inmediato se posicionó contra el militarismo alemán, que tan dramáticamente amenazaba la supervivencia de los ideales democráticos representados por Francia, para convertirse en soldado de la pluma.

Pocos años después, al viajar triunfante a los Estados Unidos, en 1919, entre los principales hitos biográficos del novelista destacados por la prensa norteamericana, figuraba su labor como propagandista de la causa aliada, la misma orientación que disgustó, en cambio, a ciertos grupos germanófilos que, por ejemplo, interpretaron su viaje a España en 1915 como una iniciativa dirigida a promocionar la entrada del país en el conflicto a favor de Francia. Antes de que eso ocurriese, insistamos de nuevo, la economía de Blasco Ibáñez estaba seriamente dañada, y su lógico pragmatismo le urgía a buscar alternativas que le permitiesen un respiro.

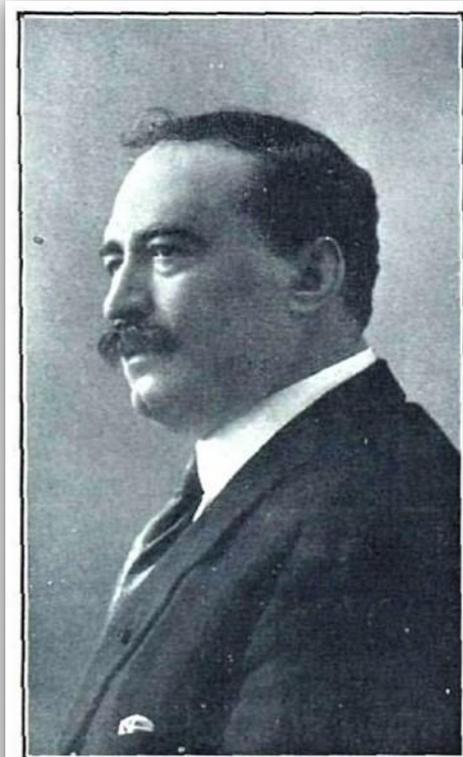
A un mismo tiempo, las exigencias ideológicas y las monetarias empujaron al novelista a expresarse en una tarea frenética que priorizó la dedicación al artículo periodístico sobre la creación literaria. Esto es. Tan pronto como a mediados de septiembre de 1914, Blasco realizaba un viaje relámpago a Valencia. En su ciudad natal apenas se detuvo unos días, aunque en las páginas de *El Pueblo* se dejaba constancia precisa de sus intenciones. A manera de reclamo publicitario, en el número de 19 de septiembre de este diario, se anunciaba a los lectores que «el Sr. Blasco Ibáñez publicará en *El Pueblo* algunos artículos relatando cuanto él ha observado en el curso de la campaña, artículos que publicaremos con ilustraciones cuyas fotografías han sido tomadas en el campo de los sucesos». Todavía en el suelto del día 23, coincidiendo con la salida del autor hacia Burdeos el día anterior, se

puntualizaba que «Desde Francia escribirá crónicas para diversos periódicos, *El Pueblo* entre ellos».

Por si alguien podía dudar de la fiabilidad de la información, ya el día 20 de septiembre apareció en el rotativo valenciano «Las muchedumbres de París», el primero de una larga serie de artículos en los que Blasco, aparte de demostrar sus dotes de observación y su capacidad para manejar la información que recibía a través de fuentes de todo tipo, plasmaba gráficamente los horrores de una guerra, en la vanguardia y en la retaguardia, cuya responsabilidad atribuía al totalitarismo germano.

En lo que el citado anuncio de había faltado a la verdad, es en el hecho de que las crónicas que allí aparecieron no iban acompañados de fotografías. Esta posibilidad cobraría forma en sendos proyectos encaminados en la misma dirección, tanto por el tema como por el soporte de difusión empleado. Del primero le daba cuenta a Fernando Llorca en carta de 11 de octubre de 1914: «Yo sigo escribiendo para periódicos. Ahora escribiré para *La Esfera* y *Mundo Gráfico*» (Herráez, 74). En efecto, solo trece días después de escribir dicha misiva, en la revista *La Esfera* se publicaba la primera de seis colaboraciones, en las que el escritor asumía el rol como corresponsal de la guerra europea, mientras que en *Mundo Gráfico*, otra revista del grupo Prensa Gráfica aparecieron otros dos artículos.

Por las mismas fechas, se gestó la segunda empresa, encaminada a obtener un rédito material del denodado esfuerzo periodístico al que se había sometido el autor: «tengo ocupados cuatro días de la semana por los periódicos», según le contaba a su yerno en carta de 15 de octubre. Aun así, su talante impulsivo se rebelaba



En este número comienza á colaborar en las publicaciones de "Prensa Gráfica", una de las más altas y gloriosas figuras de nuestra literatura contemporánea. El ilustre novelista Vicente Blasco Ibáñez, es nuestro corresponsal en la guerra europea. Después de seis años de un silencio absoluto que las letras españolas lamentaban, esta es la segunda vez que Vicente Blasco Ibáñez vuelve á comunicarse con el público de Europa y América. La primera fué con su reciente novela "Los Argonautas", donde vibra el estilo cálido y donde su visión exacta de las multitudes se manifiesta en toda la madurez del talento del maestro. Esa misma visión clara y amplia, ese mismo estilo cálido y vibrante son los que hallarán nuestros lectores en las crónicas que para "Prensa Gráfica" escribirá Vicente Blasco Ibáñez y que serán como capítulos de una gran novela trágica. FOT. NOVELLA

contra las adversidades: «¿Qué les parece una “Historia ilustrada de la guerra” escrita por mí?» (74). Se estaba fraguando la aventura editorial de la *Historia de la Guerra Europea de 1914*, magna empresa documental y gráfica donde Blasco Ibáñez fue incorporando, con ilustraciones, las crónicas enviadas a *El Pueblo* y a otras publicaciones periódicas nacionales e internacionales, y de la que se dará cuenta en otro lugar.

De momento, aquí se reproducen los ocho artículos redactados para *La Esfera* y *Mundo Gráfico*. Se trata de unos textos escritos antes y después de la visita del novelista al frente de batalla, en marzo de 1915, unas crónicas que se sintió tentado a reutilizar en su *Historia de la Guerra Europea* cuando el agotamiento y la necesidad de disponer de «mucho original en cada cuaderno» le incitaban a ello. El prestigio de su pluma y la actualidad del tema, en cualquier caso, facilitaron la reedición de alguna de estas crónicas en otros medios periodísticos del otro lado del Atlántico.

La colaboración debió de ser satisfactoria tanto para Blasco Ibáñez como para la Prensa Gráfica. Todavía en pleno desarrollo de la Gran Guerra, desde el 25 de mayo de 1916 al 26 de agosto del mismo año, el novelista volvió a publicar en *La Esfera*. En esta ocasión, seis relatos, cinco de los cuales: «El monstruo», «Noche servia», «El empleado del coche-cama», «Las vírgenes locas» y «El novelista» fueron agrupados en 1918, en la colección Los Contemporáneos



Ilustraciones de F. Ribas para «Noche servia» y «El empleado del coche-cama»

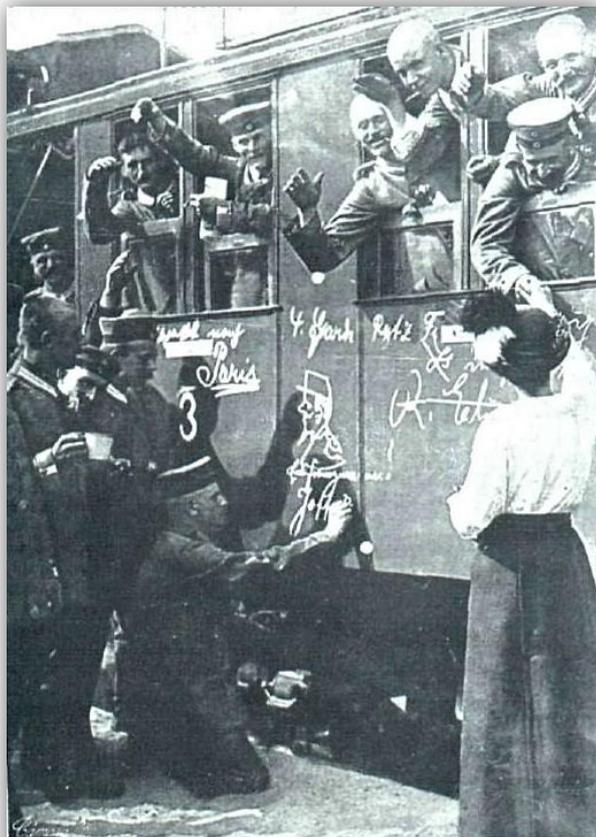
bajo el título de *Cuentos de la guerra*, mientras que la sorprendente recreación de la fábula esópica de «La cigarra y la hormiga» pasaría directamente a formar parte, junto a los cuatro primeros cuentos citados, de *El préstamo de la difunta* (1921).

Por ahora, quédese el lector con esas ocho estampas, testimonios sentidos de las terribles miserias que, desgraciadamente, siempre acompañan a cualquier guerra.

Los dos soldados¹

Estamos en mitad de la tarde. El tren rueda pesadamente por una línea del sur de Francia. La locomotora tira y recula como un buey jadeante, casi vencido por la pesadez del arrastre. Cada vez que intenta reanudar su marcha muge como si pidiese auxilio. Se estremecen los vagones, bajo el tirón brutal e inútil; chocan los topes estrepitosamente como en una colisión; tiemblan los vidrios y se resquebrajan. Es un tren militar, un tren interminable; vagones y vagones que sirvieron hasta hace poco para el transporte de animales de carnicería, y ahora llevan hombres vestidos de colores y caballos, todos revueltos; plataformas rodantes sobre las cuales la lona de las fundas marca aristas de cajones repletos de proyectiles, curvas de férreas ruedas, redondeces prolongadas y esbeltas de cañones con la boca en alto, cual si fuesen telescopios, y en este convoy tardo y pesado, como una concesión misericordiosa, que no da derecho a impacencias ni protestas, van enganchados varios coches de viajeros.

En todas las estaciones hay heridos. Unos, convalecientes, apoyados en un bastón o con el brazo cruzado sobre el pecho; otros que llegan de la guerra, entrapados, vacilantes, delatando en su macilento exterior el invisible y profundo rasguño, la oculta carne fresca y sangrante. Muchos, sobre el uniforme polvoriento, yerguen sus cabezas adornadas con puntiagudos cascos prusianos, o gorros de pelo de la guardia sajona. Son despojos de guerra, orgullosos testimonios de que el primer poseedor de



Tren de reservistas alemanes saliendo de Poitsdam, para la línea de fuego

¹ *La Esfera*, 24-10-1914; *El Combate: diario independiente de criterio revolucionario* [México], 23-6-1915.

dichas prendas ya no existe. Tal vez a la misma hora otros heridos, peliblancos, de fuerte mandíbula y orejas despegadas, bajan en las estaciones del otro lado del Rin, ostentando quepis rojos y cascos rematados por cabelleras de crines. El homicidio heroico tuvo siempre la misma tendencia a adornarse con los despojos del vencido. En otros tiempos solo se satisfacía apoderándose del cráneo del adversario; luego se contentó con la cabellera; ahora se limita a apropiarse el tapa-cabezas.



Heridos franceses ostentando un casco prusiano y un gorro de guardia sajona tomados por ellos en el campo de batalla



Aldena belga entregando provisiones á los soldados de su país que marchan á reforzar la línea de combate

En el departamento de primera clase hay un ambiente penoso, cierta vacilación en las miradas, un susurro tímido en las palabras, lentas, con largos intervalos de silencio. En vano penetra a raudales el sol de la tarde por entre las verdes cortinillas; inútilmente trazan sus redondeles de oro las avispas aleteantes que vienen de las viñas cercanas. Permanecemos como una familia congregada a altas horas de la noche, en la penumbra de una habitación, junto al lecho de alguien que acaba de morir. Un matrimonio de Nimes viene de Biarritz de ver a su hijo herido. El padre, viejo tartarín, de aguda perilla, lucha con el silencio general para repetir una vez más la buena suerte del muchacho; una granada que cae sobre su espalda, estando tendido en la trinchera, y no estalla por haber chocado en las blanduras de la mochila. El mozo sanará de su fuerte conmoción. Lo asegura el padre con orgullo de familia. Es de buena raza. ¡De una estirpe de héroes!

En un rincón, una señora, vestida de negro, mira sin escuchar, con los ojos perdidos en el infinito de la inconsciencia, llevándose a los párpados, de vez en cuando, sus dedos enguantados, como si el cosquilleo del polvo fuese a hacerla llorar. Un señor viejo, con traje gris, llama la atención por una corbata de luto, flamante, comprada tal vez en el mismo día. Lee obstinadamente un

periódico, sin desdoblarlo, sin que sus ojos pasen de una columna a otra: siempre fijos en la misma línea, sin verla tal vez... De tarde en tarde suspira. Piensa sin duda en lo que dirá dentro de poco al llegar a su casa. Elabora mentalmente, como un orador camino del mitin, las atenuaciones preparatorias con que debe contestar a las primeras preguntas de la madre y los hermanos.

Alguien viene con nosotros que no se deja ver y se hace sentir; alguien que proyecta sus manos de sombra sobre caras y periódicos; y se interpone como un vidrio ahumado ante el paisaje hirviente de sol blanco de polvo, verdoso por el reflejo de las viñas. El invisible viajero congela las palabras y oprime los pechos. Se sienten deseos de llorar a alguien, sin saber a quién. Nada importa que la calidad de extranjero nos coloque al margen de la desgracia. La muerte ha abandonado su madriguera de sombras y aletea en el aire. ¿Cómo permanecer en egoísta indiferencia, cuando llora medio planeta?...

La tristeza nos hace pensar con cierto rubor en las necesidades materiales de la vida. Es difícil adquirir algo en los restaurantes de las estaciones. Los trenes, cargados de hombres, barren con su paso incesante hasta la última corteza de pan. Hay que mantenerse con los comestibles traídos previsoriamente. El almuerzo en las rodillas, sobre manteles de periódicos, tiene algo de ágape fúnebre. Se come con los dedos untados de grasa; se bebe en el gollete de las botellas. Innumerables veces se repite, para excusar esta falta de comodidad, la frase que ahora está en todos los labios: «*A la guerre comme a la guerre*».

El matrimonio de Nimes y yo cambiamos ofrecimientos y víveres. Los demás viajeros permanecen impasibles, silenciosos. La dama enlutada sigue mirando a ninguna parte, con los ojos empañados, enormes, trágicos. El señor de la corbata negra continúa su lectura tenaz en el periódico, inmóvil, y suspira.

Pasan ante el tren, en las interminables paradas de las estaciones, señoras y niñas ostentando la Cruz Roja en un brazo. Empujan ante ellas carritos con líquidos y comestibles. Van en busca de los heridos viajeros.

—¿Caldo?... ¿Limonada?... ¿Chocolate?...

Sus voces toman cierta expresión de tristeza y despecho. En vano insisten: nadie acepta sus ofrecimientos. Los heridos llegan hartos de las estaciones anteriores.

A lo lejos, en la cabeza del tren, donde van los hombres y los caballos, estalla un rugido de entusiasmo formado por centenares de voces. Las mujeres arrojan flores a los soldados. La muchedumbre azul y roja que marcha a la gloria, que marcha a la muerte, da vivas, entona la *Marsellesa*, lanza el último requiebro a las muchachas que responden enviando besos. El griterío se unifica. Un canto simple de melodía ingenua, un coral de cuartel entonado por pechos de bronce, se esparce sobre los andenes de la estación y los campos solitarios.

C'est l'Alsace et la Lorraine.

C'est l'Alsace qu'il nous faut.

Oh! Oh! Oh! Oh!

De pronto se abre la portezuela y un grupo de mujeres y mozos de estación izan, como si fuese un fardo, a un soldadito que apenas puede moverse.



Traslado de los heridos desde el tren al Hospital

Una dama corpulenta, la dueña del restorán, dirige maternalmente la instalación del herido. Sus ojos amorosos, cuando no vigilan los detalles de esta instalación, se vuelven hacia él, con una simpatía lacrimosa. ¡Pobre mujer! Tal vez piensa en un pedazo de sus entrañas, cuidado y acariciado durante veinte años, que ahora sirve de blanco en las batallas. Tal vez su esterilidad de obesa, admira en este soldadito al hijo que no tuvo nunca.

El herido carece de billete de primera clase, pero no importa. Los servicios funcionan ahora con cierto desorden, faltos de vigilancia superior. Ella ha dado de almorzar al pobre muchacho, no sabe ya qué regalo hacerle, y de acuerdo con los empleados de la estación decide que vaya en primera hasta Tolosa.

Este soldadito lleva un pie en una alpargata y otro forrado de trapos hasta media pierna; pero tan voluminosa la envoltura, tan rellena de algodones y cruzada de vendajes, que parece la redonda pata de un elefante blanco. Un empleado sostiene su mochila. Él conserva en una mano lo que no debe

abandonar nunca un infante francés; un par de borceguíes pesados, claveteados, que todavía guardan pellas de barro de los campos del Norte. Al entrar vacilante sobre un pie, coloca junto a mis narices estos navíos de cuero, y así permanece unos instantes, próximo a desplomarse. «*A la guerre comme a la guerre*». Lo sentamos... Su pie herido queda lejos del suelo, en dolorosa pesadez, y la buena mujer se agita buscando el remedio. ¡Un taburete!... ¡Una maleta nuestra, si es preciso!

Corre un mozo de la estación y vuelve a los pocos instantes con un gran paquete de diarios de París, atado y sellado, que coloca bajo el pie. «¡Que tengan paciencia los suscriptores! Poco importa que se queden un día sin leer.» Y perseverando en esta actitud arrolladora, empujan, desordenan y echan al suelo una parte de los equipajes, para colocar dos mochilas y varios paquetes.

Me fijo en el soldadito que se ha sentado junto a mí, al lado de la ventanilla. Parece un niño. Es débil, de miembros delicados y una blancura anémica. A pesar de la patina que da la existencia al aire libre, tiene una palidez de hostia. Se ve que en su cuerpo no queda más sangre que la indispensable para la vida. Puede ser que perdiese mucha al quedar su pie destrozado por el estallido de una granada. Tal vez es un

hijo único y enfermizo, por cuya salud delicada velaron los viejos padres, hasta que la guerra lo arrancó de su lado. Sus ojos azules tienen una candidez de doncella. En su rostro empieza a florecer una barbilla de oro, como producto descuidado de la vida de campaña y de hospital, en la que no es fácil afeitarse todos los días. Parece uno de esos Cristos dolorosos y amables que conmueven a



Soldados franceses dando de beber a unos prisioneros alemanes FOT. BRANGER

las almas simples con los dulces colores del cromo. La pálida sonrisa de sus labios exangües agradece las miradas de la dueña del restorán.

—¡El *marsouin*! ¿Dónde está el *marsouin*?...

Pregunta con ansiedad por su compañero de viaje, un soldado de infantería de marina herido como él. Y el *marsouin* llega a todo correr:

—*Voilà mon vieux*! Estaba en la cabeza del tren saludando a unos amigos.

Es un soldado maduro y de aspecto vigoroso. Su herida oculta (un bayonetazo en un hombro) le priva de la conmisericordia que afluye por entero a su camarada. Parece un buen diablo, atrevido, servicial y simpático; uno de esos hijos de familia, de mala cabeza, que acaban por sentar plaza en la infantería de las colonias, dejando en paz a los parientes. Al ladear su quepis oscuro, descubre una calvicie prematura. Su voz oxidada, arrastrándose bajo el alero de unos bigotes rojos, revela largos estudios comparativos entre el ajenjo de los cafés de Argelia y el que se sirve en las cantinas del Tonkín, Dakar y Tananarive. Su mirada fraternal y maliciosa a la vez acaricia al compañero. El marcha a Tolón para incorporarse a un regimiento que vuelve a la guerra; su camarada regresa a la casa paterna para convalecer. El *marsouin*, fuerte y hábil, acompaña a su amigo exangüe con aires de nodriza, contento de la simpatía que inspira, dispuesto a recoger las migajas de la compasión general.

—¡Fuma, mi viejo! —dice apenas el tren vuelve a ponerse en marcha.

Lía un cigarro, lo enciende, se lo pasa al dolorido compañero sentado frente a él, como si éste sintiera en las manos el mismo entorpecimiento que en el pie. Hay en sus atenciones la ternura interesada del empresario, cuidando de un tenor que vale una fortuna.

—¡Come, gallardo mío! —repite varias veces, ofreciéndole un saco de papel lleno de uvas.

Su hambre atrasada le infunde cierta elocuencia al relatar pomposamente los obsequios de que los dos son objeto. Iban en el tren de la mañana y la señora del restorán, al fijarse en el compañero, les obligó a bajar, interrumpiendo su viaje. Un almuerzo de generales. Platos innumerables, frutas, tabaco... ¡hasta vino lacrado! E insiste en esta condición del vino, como si fuese la prueba más concluyente de la valía del almuerzo.

¡Gran cosa la guerra! Las personas se vuelven mejores; todos parecen de la misma familia. Las mujeres, que antes no le miraban a uno, sonríen, dan las manos, envían besos; los señores condecorados saludan, pagan el café y algunas veces obsequian con tabaco. El *marsouin* se exalta al recordar su vida de combate. Desea volver al campo de batalla; abomina del hospital cómodo y las dulzuras de la convalecencia. Su hombro, que guarda aún la huella de la culata, ansia el estremecimiento del lebel al dispararse. Le hace falla la áspera voluptuosidad de la pelea al aire libre, del peligro arrostrado a cada segundo;

las horas de trinchera hundido en el fango, haciendo fuego contra un enemigo invisible; las bromas del batallón ante las granadas que llegan; la lotería de la muerte, jugada de minuto en minuto.

—*On s'amuse, monsieur*—afirma melancólicamente, como si lamentase una felicidad perdida—. Se divierte uno mucho.

Los proyectiles de la artillería anuncian su presencia con un ruidoso abejorreo. Se les ve venir. Y los compañeros ríen. «¡Atención a la derecha!» «¡Ojo, que este va para la izquierda!» Y muchos, al sentirse despedazados, gritan: «*Touché...*» Además hay la gran fiesta, la carga a la bayoneta; el coronel que avanza, tremolando su quepis en la punta del sable como los generales de la Convención; la masa de hombres que corre tras de él entonando a coro *La Marsellesa*, los *alboches* que intentan hacer frente y al final huyen; las puntas de acero que perforan los pechos con un crujido de correas partidas, de paños desgarrados, de costillas rotas; *crac... crac*.

—*¡On s'amuse, monsieur!*—repite el colonial—. Se siente uno más grande que en tiempo de paz; lo mismo que si viviese dos veces.

¡Y el ruido!... Este bravo duerme mal desde que ha vuelto al silencio de la vida ordinaria. Le zumban los oídos al faltarle el estrépito monstruoso que arrullaba sus noches de trinchera; estrépito de erupciones y de crujidos del suelo, semejante al de un planeta en formación.

El soldadito exangüe habla a su vez, con una voz sorda, incolora, que él parece no oír. Sus orejas deben zumban también, pero con el dolor de los tímpanos quebrantados. ¡El cruel estruendo que suena y suena dentro del cráneo, y persistirá a través de las noches, como una pesadilla! No es el estampido de los cañones antiguos con su eco en escala descendente, semejante al de los truenos. Es un crujido espeluznante, agudo y seco, de algo que se rompe instantáneamente: el *crac* de un monumento que se dobla y cae en un segundo; el chasquido de una tralla gigantesca que azota a los planetas. Este sonido que equivale a un zarpazo parece agrietar la piel, resquebrajar los huesos, hacer añicos el cristal de los ojos. ¡Y se repite! ¡Se repite treinta veces en un minuto, conmoviendo los cerebros hasta la locura!...

El pobre soldadito parece hombre de letras. Tal vez es bachiller. La guerra le habrá sorprendido en sus estudios de maestro de escuela. ¡Quién sabe si es un seminarista! Sus ojos cándidos, casi femeniles, parecen agrandados por una visión de espanto que persiste imborrable en su retina... La granada que se anuncia con zumbido de aeroplano: una explosión enorme, monstruosa; la tierra que se levanta formando surtidores, algo semejante a un canastillo de fuente; columnas de humo amarillento; obscuridad momentánea, y luego, como una banda de cachorros súbitamente engendrados por la muerte en las entrañas del humo, los cascos del proyectil que se esparcen, que zumban, gritan y caracolean. ¡Sangre, piltrafas, rugidos! Unos guardan en su caída una serenidad

teatral: «Compañeros, vengadme». Otros se tientan los miembros partidos, las sangrientas ventanas abiertas en su carne, y antes de cerrar los ojos, murmuran como una profesión de fe: «¡Viva la patria! ¡Viva la república!»... Y nadie puede moverse. Hay que esperar en el mismo sitio la llegada del proyectil siguiente... y luego otro... y otro. El compañero se desploma sobre su vecino con la inercia grotesca de un fardo de ropas, de un monigote macabro. La sangre se esparce como roja aspersion sobre las caras inmediatas. Caen cuerpos súbitamente decapitados, sin que nadie alcance a ver a dónde fue la cabeza. La mano que intenta enjugar las mejillas de sangre caliente, tropieza con fragmentos pegajosos de masa cerebral... y esto dura horas que son años, mañanas que parecen siglos. Los cuerpos, faltos de espacio para caer, se enfrían erguidos en la trinchera, mientras se prolonga el combate. Enjambres de moscas, salidas nadie sabe de dónde, se apoderan de los cadáveres. Agonizan los heridos, cada vez más blancos... ¡más blancos!, mientras se ensancha por abajo, alrededor de sus piernas dobladas, el círculo de tierra sangrienta. Entornan los ojos, doblan la cabeza, murmuran el supremo llamamiento de un dolor que convierte a los hombres en niños: «¡Mamá!... ¡Mamá!».

Y la mirada del soldadito toma un brillo acuoso al evocar estos recuerdos. Él también ha gritado: «¡Mamá!» viendo entre las nieblas del sufrimiento a la pobre campesina francesa que desde hace dos meses no puede dormir, que se levanta antes del amanecer, calienta el pan, barre la casa, da de comer a las gallinas, todo automáticamente, y se pregunta con angustia: «¿Dónde estará mi hijo? ¿Qué será de mi pequeño?».

Termina la tarde; empieza a anochecer. El *marsouin* enciende su pipa, apoya los pies en la banqueta de enfrente y se adormece satisfecho. Es el soldado profesional, el guerrero contento de su suerte, que se instala en el alojamiento de ocasión como si fuera su casa natalicia, hace reír a los niños, ayuda a la patrona, enamora a la criada, y entra en la cocina para husmear los buenos bocados.

El soldadito se adormece también, con un sopor de enfermo. Su cabeza de Cristo doloroso, va inclinándose sobre mi hombro, como una flor marchita. ¡Pobrecito! Huele a pelo grasiento, a ropa sudorosa y fría, a carne deshilachada, a jugos vitales resecaos. No importa: ¡duerme, soldadito! Tú eres más grande que yo y le debo agradecimiento. Has dado tu sangre por la patria, oponiéndote al avance del enemigo.

Bastó el supremo llamamiento de tu madre grande, hollada por el invasor avanzando como la oleada de fuego que vomita el cráter, para abandonarlo todo, para renunciar a todo, con abnegación sublime, y ofrecer tu pecho a la metralla... ¡Eres un héroe, soldadito!

El tren empieza a rodar en la sombra, poblada de pesadillas y fantasmas. Las cepas parecen tiradores encogidos. Las arboledas, oscuros regimientos. El

rosario de vagones se entrechoca produciendo un estrepito de cañoneo lejano. Y sobre el ruido de los hierros y la velocidad agrandada por la noche, parece elevarse una canturria dolorosa, un lamento de agonía: «¡Mamá!... ¡Mamá!».

Los ingleses²

Un hermoso trasatlántico está anclado junto al muelle. Los ingleses lo han convertido en hospital. Dos o tres veces por semana llegan vagones hasta el mismo costado del buque, y por el puente blanco que une a este con la tierra, pasan camillas, hombres entrapajados que aún pueden marchar, todos con una gorra redonda de las llamadas de plato, unos vestidos de kaki, otros de color de reseda. Amigos y enemigos, ingleses y alemanes, llegan contundidos desde los campos de batalla a este hospital flotante, para que les echen un remiendo a sus destrozadas individualidades.

Los camarotes de primera clase, el comedor lujoso donde hace dos meses sonaban los taponazos del champagne y los brindis, celebrando el paso al otro hemisferio, los salones de música y conversación, escenario de los marítimos *flirts*, los departamentos de la oficialidad, todo está ocupado por camas blancas, en torno de las cuales se mueve hacendosa la única tripulación que actualmente tiene el buque; varias nurses británicas, de paso discreto y albas tocas que encuadran sus caritas sonrosadas y brillantes como manzanas.

En el fumadero, donde tanto honorable gentleman apuró copa tras copa el whisky con soda durante las luengas travesías, suenan ahora lamentos de dolor.

Un capitán prusiano, con media cara arrancada por un casco de granada, aúlla como una fiera agonizante. A corta distancia, un oficial inglés, tendido igualmente en una cama y cubierto de múltiples vendajes lo mismo que una momia faraónica, parece seguir con atención los sufrimientos del adversario. Cayó herido por los hulanos.

Al preguntarle si le molestan los lamentos del vecino, el oficial británico sonríe bajo la máscara del vendaje y le brillan los ojos con un fulgor helado.

—No, al contrario; me entretienen y me dan fuerza. Oyéndole pienso menos en mis heridas. Ese hombre me representa a Alemania agonizante.

En vano los dos pueblos protestantes que llevan la Biblia en la mochila y en sus proclamas hablan de Dios, leen frecuentemente las evangélicas excitaciones a la dulzura y la paz. Se odian y se exterminan con un encono semejante al de las bandas armadas del antiguo pueblo del Israel.

El alemán deprecia al ruso, creyéndolo un mal soldado. Al francés lo menospreciaba también hasta hace poco; pero ahora le inspira gran respeto y, por lo mismo, lo odia. Al inglés lo detesta.

Y el inglés, por su parte, pierde la calma tradicional cuando se encuentra en presencia de este enemigo que excita su cólera.

² *Mundo Gráfico*, 28-10-1914; *La Prensa*, 19-11-1914; *El Pueblo* [México], 28-11-1915.

Acabará con el aunque tenga que luchar veinte años seguidos. La victoria, según los japoneses, es del que sabe aguantarse un cuarto de hora más. E Inglaterra es una muestra de paciencia y tenacidad. De ella será el último millón, aunque en esta larga espera haya de perecer el resto del mundo.

El odio al enemigo habla por la boca de uno de los médicos del hospital flotante; cuidan a los alemanes con misma atención que a los ingleses, pero los examinan, los estudian, para darse cuenta de sus ventajas y defectos.

—El inglés —dice el médico— cuando no muere en el mismo campo de batalla, se salva casi siempre. No es este un mérito de nuestros servicios sanitarios. El milagro lo realiza la robustez de nuestros soldados, su vida anterior higiénica y sana, la limpieza de su sangre. El alemán es un candidato a la muerte. Heridas de poca importancia se agravan en él con una deplorable facilidad. La gran mayoría de ellos son diabéticos, tal vez por su régimen alimenticio y por el abuso de la cerveza. En los hospitales enemigos resulta cinco o seis veces mayor el número de defunciones que en los nuestros. Cuando aparece la gangrena en hospitales ingleses o franceses, casi siempre es en las camas ocupadas por heridos germánicos.

Es verdad. Yo he visitado algunas instalaciones de la Cruz Roja en el sur de Francia. Los heridos alemanes son los que dan más quehacer a médicos y enfermeras. Un hedor de muerte flota en la sala que ellos ocupan, igual en todo a las de los otros enfermos y sometidas a los mismos tratamientos. Las camas quedan desocupadas con frecuencia, y el fúnebre carretón emprende casi todos los días el camino del cementerio.

Los soldados del general French son en su mayor parte unos niños grandes, vigorosos, que marchan y pelean cantando y silbando. Parecen un interminable colegio en armas; un inmenso grupo de jugadores de fútbol que van al encuentro del cañón, como si fuese una pelota. Muchos de ellos, hace tres meses, no hubiesen imaginado que podían ser militares. Hombres de sport, gimnastas, cazadores, tiradores, jinetes, se han convertido al cabo de pocas semanas en soldados perfectos. El primer núcleo se ve aumentado por la llegada de otros y otros. «El despreciable ejército de French —como le llamó el emperador alemán— crece rápidamente». De las cinco partes del mundo le llegan refuerzos.

—En el próximo enero seremos un millón —dicen tranquilamente los ingleses—. Luego dos millones... y así iremos aumentando, hasta vencer al enemigo. Los alemanes han dado ya todo lo que pueden dar. Nosotros empezamos ahora.

Y llegan los indostánicos con sus turbantes que parecen de nieve, esbeltos, silenciosos, barbudos, semejantes a faquires que guardan

taumatúrgicos secretos; llegan los canadienses, acostumbrados a las largas cacerías en las llanuras de hielo; los tiradores sudafricanos, a los que no vimos pelear con el inglés y que ahora marchan a su lado; los australianos, jinetes incansables, iguales al gaucho de la pampa argentina... La vieja metrópoli alista voluntariamente a gentes de todas las latitudes, a guerreros de todas las razas.

El soldado británico es alegre. Las campesinas francesas sonrían con maternal confianza cuando ven entrar en su aldea a estos muchachotes cuya lengua no entienden, pero que son comidos, no tocan nada sin pedir permiso, pagan con largueza lo que toman y se ruborizan como gigantes tímidos al mirarlos una muchacha frente a frente. Las bravas comadres bromean entusiastas con ellos.

El inglesito no entiende, pero adivina: y vuelve a ruborizarse, mientras sus ojos brillan con malicia.

—¡Oh...Yes...Yes...!

Sus largas zancas de acero son infatigables. Luego de las marchas, mientras las cocinas rodantes preparan el succulento refrigerio, los soldados juegan, para descansar, sus juegos más agitados y penosos, con una algazara de escolares, en esas batallas que duran semanas; una mitad de las tropas hace luego, y la otra, que debe reposarse para combatir horas después, entretiene sus músculos con el fútbol. La inmovilidad en las trincheras | les hace sentir la nostalgia de sus juegos ágiles, y corren a ellos apenas tienen una hora libre. Muchas veces, al principio de la guerra, los aviadores alemanes dieron el informe de que a espaldas de las líneas británicas los hombres huyen en confusa dispersión asustados sin duda por los cañones enemigos. No alcanzaban a ver la pelota, motivo de alegre fuga para estos niños grandes y heroicos.

Los franceses ríen amablemente de la valerosa serenidad con que sus aliados amigos cumplen las ceremonias de una vida higiénica. Se afeitan todas las mañanas invariablemente, aunque una lluvia de granadas caiga en torno de ellos. Morir es una desgracia que nada tiene de extraordinario; pero morir, sucio y sin afeitarse, significa un fin vergonzoso para un gentleman. Si tienen un río cerca se bañan en él, aunque el enemigo esté a la vista. Cuando entran heridos de muerte en el hospital, piden venga el pastor con su Biblia, pero antes llaman al barbero para que los peine y acicale.

Sus magníficos convoyes de automóviles, repletos de cuanto necesita un hombre para vivir bien, y que los siguen a todas partes, excitan igualmente una risueña admiración. El inglés es el soldado mejor comido que se conoce. En cuanto «bebido», no puede decirse lo mismo. Este ejército es «abstencionista». Un frasco de bebida alcohólica encontrada en una trinchera inglesa, produciría tanta emoción como el descubrimiento de un espía alemán. Los mayores castigos disciplinarios están reservados a los ebrios. El té es el único licor del

soldado inglés, y se entrega a él con el mismo entusiasmo que si cumpliera un rito.

¡Qué desgracia cuando son las cinco de la tarde y no es posible tomar la bebida nacional! Se necesita para esto que el combate sea cuerpo a cuerpo. Si es a distancia y los soldados disparan su fusil metidos en las trincheras bajo una lluvia de granadas, no falta nunca quien coloque cerca de ellos la taza humeante.

Cuando se retiraron los ejércitos aliados ante la invasión de Francia por los alemanes, un pelotón de jinetes ingleses escoltó al alcaide y los personajes de un pueblo que huían con papeles y fondos. Estos soldados eran lanceros, de los que después han cargado sobre baterías alemanas, tomándolas; dignos descendientes de la caballería famosa de Balaclava.

A media tarde, el oficial parece inquieto; mira al sol, mira después el reloj. Un regimiento de caballería enemiga les va a los alcances con solo unos kilómetros de retraso. Los franceses fugitivos que ocupan dos carruajes, entre fardos y legajos, adivinan trémulos esta inquietud del oficial. Tal vez temen ser alcanzados.

De pronto da la voz de ¡alto! y los lanceros se detienen y desmontan en torno de los carruajes.

Sus soldados le comprenden. La hora del té. Nada más natural en este alto que la retirada. Un buen jefe debe preocuparse en todos los momentos del bienestar de su gente.

Salen a luz aparatos guardados en las bolsas de las monturas. Flamea el alcohol; hierve el agua.

Los fugitivos miran inquietos al horizonte y balbucean palabras de angustiosa excusa.

Muy agradecidos por este obsequio. ¿Pero si emprendiesen la marcha inmediata, dejando el té para mejor ocasión? Tiempo habrá para tomarlo, otro día.

Pero el oficial se niega, con cierto escándalo.

—¡Ah, no! ¡Ustedes son aliados; ustedes son amigos; ustedes son nuestros huéspedes... los huéspedes de Inglaterra! ¡Ah, no! ¡No sería correcto!

Al fin cae en las tazas el dorado líquido; sorben los fugitivos este brebaje de agonía, mientras los lanceros lo paladean con los ojos entornados; montan, se forman en grupo a retaguardia, y otra vez el convoy reanuda su marcha, con mayor velocidad, cuando suenan ya invisibles, en las lejanías de la ruta, los férreos golpes del enemigo perseguidor.

Guerra folletinesca³

Todos nos imaginábamos, hace pocos meses, lo que sería una guerra moderna, una guerra científica.

Nada de choques cuerpo a cuerpo. Los encuentros personales, las cargas heroicas, se recordarían como algo glorioso e inútil; lo mismo que el montante de dos filos, la rodela o el arcabuz. El cañón iba a ser el principal y único protagonista del combate moderno, y la infantería llamada antes la reina de las batallas, una modesta segundona, protectora de los artilleros. En algunos países hasta se habló de suprimir la bayoneta como arma inservible. El infante solo debía contar con su fusil. Su única misión era hacer fuego contra un enemigo lejano, al que jamás vería frente a frente. La caballería, arma de majestad teatral, con un pasado de cargas épicas, cantadas por los poetas, quedaba reducida a las exploraciones del terreno y a la persecución de los fugitivos en desorden.

Llega la guerra y todo ocurre al revés de como lo habían imaginado técnicos y profanos. Jamás lució como ahora el valor individual, en hazañas aisladas. Nunca los hombres se golpearon de tan cerca y por tanto tiempo. El guerrero se bate lo mismo que en las edades prehistóricas, viendo los ojos del enemigo, recibiendo en pleno rostro su resuello jadeante. La bayoneta substituye al proyectil. El hombre quiere ver qué es lo que mata. Los más sienten despertarse en su alma el salvajismo demoledor de los remotos abuelos, y no teniendo a mano la maza de la edad de piedra, emplean el fusil para batirse a culatazos.

El cañón, efectivamente, domina las batallas. Es el personaje que habla más y con mayor fuerza. Nunca hubo tantos y de tan enorme poder destructivo. Su voz resuena, de sol a sol, en una majestuosa soledad.

Las batallas que en otros tiempos cubrían los campos de aglomeraciones de hombres, dorados, multicolores, galopantes, con cimera vistosas, convierten hoy en desiertos, amplios espacios de centenares de kilómetros.

Los habitantes han huido de ciudades y aldeas. Ni un hombre, ni un animal en las ondulaciones del terreno. Los caminos extienden sus cintas blancas, sin el moteado de la hormiga humana. Los bosques están inmóviles. El cañón truena y nadie puede ver claramente dónde se oculta. Un golpe seco y una leve humareda que se disuelve inmediatamente: es el cañón francés. Una explosión más ruidosa que repite el eco, una nube de humo más negra y espesa: es el cañón alemán. Esto es todo lo que se ve y se oye de la batalla. Se abre el suelo en forma de embudo, esparciendo un surtidor circular de polvo a varios

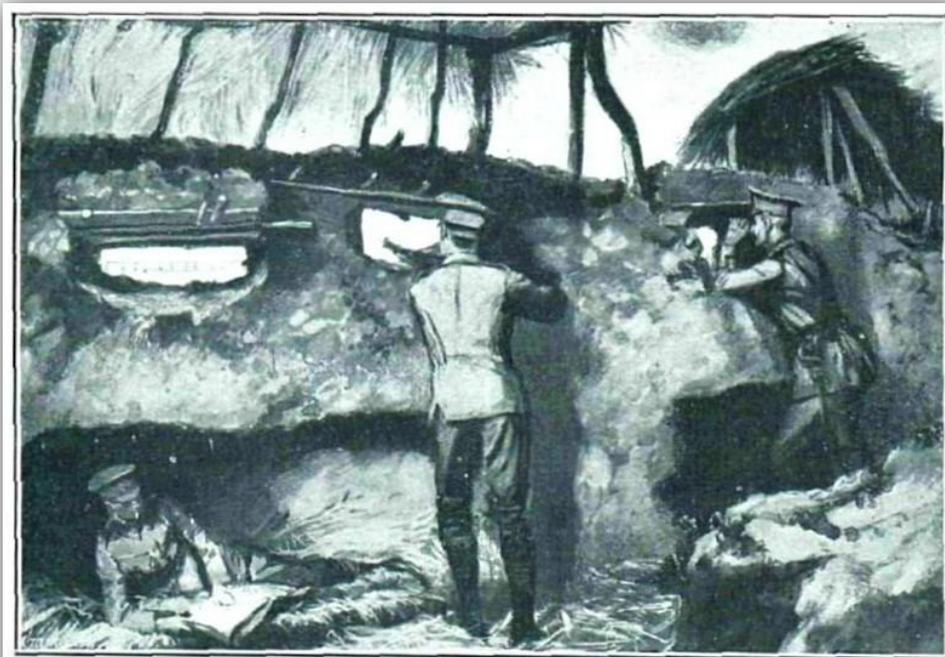
³ *La Esfera*, 21-11-1914; *La Opinión* [México], 28-12-1914.

metros de altura. Otros proyectiles estallan en el aire formando una nube amarillenta, sobre el cielo azul.

Luego el silencio: un silencio absoluto. De vez en cuando, como único signo de vida, algunos aeroplanos que espían la soledad, con su zumbador revuelo de mosquitos, casi imperceptibles.

Y en este suelo tan desierto como las llanuras planetarias en los primeros siglos de su formación, con explosiones gigantescas y silencios trágicos, existen 200 000 hombres, 400 000 hombres, ¡quién sabe si más!; y con ellos máquinas de guerra de diversas clases, millares de caballos y mulas, montañas de víveres, todo oculto, todo hundido en el suelo.

La guerra moderna es una guerra de topes. Los hombres no se cuentan por compañías y regimientos, sino por líneas de trincheras. El polvo y el barro son tan gloriosos como la sangre. El héroe que hasta ahora tenía por símbolo la espada, debe ostentar, en adelante, como atributos, el pico y la pala del peón caminero. Los ejércitos rivalizan en habilidad para enterrarse. El prototipo de la resistencia no es la fortaleza, es el hormiguero. El hilo de alambre, con púas, ha substituído a los antiguos bastiones y hasta se empieza a discutir si valdrá más que las cúpulas acorazadas.



Interior de una trinchera construída por los Ingleses en el Marne

Y la batalla científica continúa días, semanas y meses; cañonazo aquí, respuesta allá, en medio del desierto, sin que suenen gritos, sin que los proyectiles que caen en los zanjones repletos de hombres, levanten otro

estrépito que el de la tierna sacudida y pulverizada. Los muertos y los agonizantes quedan invisibles, lo mismo que los vivos. Esta batalla científica, dura lo que el sol. Cuando llega la noche, empieza la batalla de los hombres, la pelea al estilo antiguo, que será el estilo eterno, mientras nuestra especie conserve el gusto de exterminarse.

La infantería continúa siendo reina, no obstante los progresos mecánicos en el arte de la guerra. La artillería puede quebrantar y aplastar al enemigo en un terreno determinado, pero jamás conseguirá su expulsión a fuerza de proyectiles, pues se mete debajo del suelo. El desalojamiento brutal, el empujón definitivo, es obra de la infantería que avanza con la bayoneta por delante.

El cañón trabaja mientras luce el sol, y luego al cerrar la noche o al amanecer, salta la gente fuera de las trincheras para ir al encuentro del adversario que ocupa las posiciones inmediatas. Los matorrales han sido impregnados de petróleo por hombres de buena voluntad que se arrastran cautelosamente disimulándose en los repliegues del terreno, siguiendo la misma táctica de los Joffre y los Moltke con plumas y taparrabos, que sostuvieron sus guerras de tribu en las praderas de América y en las islas de Oceanía. Un silbido.... y los matorrales se iluminan con resplandores de incendio. Otras veces, arden las granjas abandonadas, los pajares, los montones de leña. A su fulgor de infierno se buscan los hombres dando rugidos de muerte, saltan como negros demonios sobre el fondo rojizo y crujen los pechos bajo la punta de la bayoneta, estallan los costillares al recibir el golpe de maza del culatazo, se abrazan al final los enemigos faltos de armas y ruedan por el suelo mordiendo lo que encuentran al alcance de sus dientes; pugnando por estrangularse. Los dos bandos intentan el engaño, poniéndose los uniformes de los muertos y los prisioneros, imitando los toques de las cornetas de enfrente, pidiendo capitulación para matar con más facilidad al adversario que avanza descuidado; un sin número de canalladas gloriosas que debieron inventarse en tiempo del hombre de las cavernas. ¡Y para llegar a esto, como epílogo de toda batalla, se han calentado los sesos los inventores que están al servicio de las fábricas de guerra, lanzando cada año un aparato de matar, con arreglo a la última moda!...

Una batalla moderna se compone de diez o doce batallas, descompuestas en cien combates parciales, que a su vez se subdividen en mil o dos mil encuentros de grupos. El oficial subalterno que, según las predicciones anteriores a la guerra, no iba a ser más que un simple transmisor de órdenes, desempeña un papel tan importante en su radio de acción como el del general en jefe. Un subteniente o un sargento, toman al día en su trinchera más iniciativas y discurren más estratagemas que el generalísimo.

Muchas armas que se conservaban por tradición, sin creer nadie en su utilidad práctica, se rehabilitan inesperadamente en estos combates. Otras, que habían desaparecido hace siglos, dejando solamente algunas muestras en los museos, vuelven a salir a luz gloriosas y vencedoras.

Los infantes franceses, al correr sobre las trincheras enemigas, empezaron por instinto de conservación a llevar en una mano, a guisa de escudo, la pesada mochila que las cubría en parte de las balas. Hoy para el asalto de las posiciones contrarias, emplean unos broqueles de acero que les permiten avanzar con menos pérdidas. Algunos oficiales alemanes prisioneros llevaban debajo del uniforme finas y resistentes cotas de mallas. La caballería ha tomado muchos pueblos, cargando a pie con sus lanzas. Los hombres andan a gatas por la noche; se arrastran evitando el choque de los matorrales, el rodar de los guijarros, hasta que llegan a los tejidos de alambre de las trincheras enemigas. Cortan hábilmente las intrincadas marañas de acero llenas de púas, procurando que el metal no cruja al romperse, y cuando el obstáculo queda abierto, dan un grito para que avancen los compañeros a la bayoneta.

Los tiradores argelinos, marroquíes y senegaleses, emplean las mismas estratagemas de los desiertos africanos; reproducen en la prosaica Europa las hazañas exóticas, que tanto material han dado a los novelistas de aventuras. Los guerreros de la India, hombres de la noche, habituados a deslizarse en la *jungle*, sin ruido y sin huella, se arrastran como serpientes —lo mismo que *Los estranguladores*, descritos por Eugenio Sue—; avanzan, cuchillo en boca, hasta los pies de los centinelas alemanes que guardan los parques, y los derriban con una puñalada certera, sin un grito de alarma, sin el más leve choque, incendiando luego las cajas de municiones.

Los tres mosqueteros, de Dumas, han resucitado. De día suena el cañón sobre los ejércitos invisibles, con toda la majestad del progreso destructor. De noche se baten los hombres como los héroes peludos de *Los nibelungos*, como los mesnaderos del Cid, como los camaradas del rey Artús y de Bayardo, usando la lanza, el escudo, la cota de mallas, y si es preciso, el mordisco y la coza, a imitación de otros guerreros todavía más remotos.

Todo vuelve, tal vez modificado y agrandado..., pero vuelve. El símbolo filosófico de nuestra vida es la rueda que, por más que dé vueltas, retorna siempre al mismo punto. Esta es la gran verdad, por encima de otras verdades anteriores y secundarias. La verdad que presintieron los poetas de la India y que en nuestros tiempos volvió a descubrir Nietzsche, otro poeta.

La casa del artista⁴

Una de las víctimas más simpáticas y heroicas de la presente guerra es un gran músico: Alberico Magnard.

Su padre fue el afortunado periodista Magnard, restaurador de *Le Figaro*, un parisiense burlón y escéptico que se reía de las «grandes palabras» que entusiasman a los hombres y los llevan a morir por idealismos patrióticos y políticos.

Alberico Magnard, más triste y de carácter más retraído que su progenitor, mostró, sin embargo, igual indiferencia por todas las cosas que han traído revueltos a los franceses en los últimos veinte años. Ni avanzado ni conservador. No le interesaban las luchas religiosas y nacionalistas. No soñaba en la reconstrucción de la vieja Francia, ni en la felicidad de los hombres por el internacionalismo y la paz. El músico solo vivía para la música.

Algunos no reconocen importancia ni realidad a lo que se halla fuera del círculo de sus aficiones. Su entusiasmo exclusivo y absoluto tiene mucho, de religioso. El título de «sacerdote del arte» se hizo para ellos.

Si les dicen que la humanidad va a desaparecer en breve plazo, lo lamentan y siguen trabajando. Si alguien les anuncia que el mundo puede estallar en una catástrofe sideral, ven en esta profecía la necesidad urgente de terminar la obra que llevan entre manos, y se enfrascan de nuevo en su labor. Pero que les digan que los hombres pueden vivir sin música, sin pintura o sin poesía, que las artes no son necesarias para la existencia de la humanidad, y se erguirán indignados, con la cólera del fanático ante un sacrilegio o la extrañeza del que escucha un absurdo irritante.

Alberico Magnard era de estos; inofensivo y pacífico, como todo hombre que pone su pensamiento por encima de las nubes; distraído e indiferente a cuanto le rodeaba, como dos espíritus concentrados que se escuchan y tienen sus sentidos vueltos hacia el interior.

Amaba su arte con un fervor de asceta. Huía del mundo, cual si temiese que sus ideales se ensuciasen al ponerse en relación con la muchedumbre. Una ópera suya, Berenice, había conseguido magnífico éxito. Pero el compositor, después de este contacto con el público, se retiró a la amada soledad poblada de caricias inmatrimoniales, de relámpagos sonoros, de bellezas impalpables.

Vivía en el campo, en una casa con amplio jardín, a dos horas de ferrocarril de la gran ciudad, pudiendo escuchar por la tarde los conciertos de París y escribir por la noche bajo el pálido redondel de la lámpara, mientras

⁴ *La Esfera*, 5-12-1914; *El Pueblo* [México], 21-3-1915; «La muerte del músico Magnard, víctima de la guerra», *El Pueblo* [Veracruz], 23-8-1915.

entraba por la ventana la respiración acre del bosque, el hálito de la tierra en descanso, los trinos de los pájaros del misterio y sobre la sombra iba avanzando la luna, tímidamente, sus sandalias de plata.

Tener una casa propia, una casa adornada lentamente, con arreglo a los gustos e ilusiones, es el ensueño de todo artista.

El pobre bohemio, para olvidar las penalidades de su miseria, se entretiene proyectado da vivienda del porvenir, la casa que tendrá algún día, cuando sea rico y célebre.

Los más bellos y esplendorosos palacios que pudo concebir la mente humana se han construido en las buhardillas o los bancos de los paseos, a lo largo de las noches invernales, por obra de una imaginación apoyada en un estómago vacío:

El millonario puede poseer una casa magnífica con solo tirar de su cartera. Y el palacio surgido rápidamente de la nada, como las construcciones de las hadas y los «efrits» en *Las mil y una noches* tiene algo de todos: del arquitecto, del carpintero, del mueblista; de todos, menos de dueño.

El artista forma la casa amada, lentamente, con su propio jugo. Es semejante a esos moluscos que fabrican con sus secreciones el caparazón que los abriga y defiende. Cada adorno, cada mueble, representa un pensamiento, un recuerdo, una ilusión realizada. Los muros parecen vivir una existencia de reflexivo silencio: los muebles respiran; los cuadros hablan; los crujidos nocturnos de la madera, la leve agitación de los tapices denuncian una alma misteriosa oculta en los objetos inanimados. Es el alma del dueño que se ha transmitido en parte a la envoltura.

Todo artista glorioso tuvo su vivienda adorada y cuidada como la mejor de sus obras. Víctor Hugo se improvisó mueblista, para adornar con armarios y sitaliaes góticos el vacío blanco de sus viviendas marineras en Jersey y Guernesey. La casa de Medan de Emilio Zola fue tan famosa como sus novelas. Alejandro Dumas (padre), aplicó largos años su inagotable facultad imaginativa al planeamiento de un palacio más portentoso que los de su héroe Montecristo. Y pasamos por alto las instalaciones de los pintores célebres, a partir de Rubens. Algunos se arruinaron por dedicar todas sus ganancias al adorno del hogar, sin acordarse de que la vida impone otras necesidades.

El compositor Magnard, había realizado sus deseos de artista. Las ventanas de su casa aspiraban el verde de los campos, el oro del sol, la humedad susurrante del agua, la sombra fugitiva de la nube, el aletear del pájaro que raya con sus alas el cristal azul del cielo y devolvían después este oxígeno poético en forma de murmullos armónicos, balbuceos de piano que duda antes de formular frases completas una respiración musical, infiltrando el alma del hombre en la paz rumorosa de la naturaleza.

Las noticias de un mundo remoto no consiguieron turbar este diálogo entre el artista y sus creaciones: ¡La guerra!... Un gesto de contrariedad del músico, pero no por esto deja de sentarse al piano. ¡El enemigo que se acerca!... La conversación entre el hombre y la melodía sigue sin interrumpirse. ¡Los hulanos que llegan!... Calla el piano repentinamente, el compositor se pone de pie y mira en torno, como un hombre que despierta.

Todo el vecindario huye. Junto a las paredes de la casa ha pasado una corriente de familias en fuga, de madres que lloran tirando de sus hijos, de animales domésticos que participan del general terror, de carretas enganchadas a toda prisa, con montones de muebles y ropas en uniforme revoltijo de catástrofe.

A lo lejos flamean los pueblos bajo un dosel de humo y pavesas. El enemigo se lo come y se lo bebe todo, envía a su familia lo que queda; incendia la casa considerándola inservible, y fusila a los habitantes para que no sufran al verse sin techo. El terror es una garantía de victoria.



Alberico Magnard mira sus cuadros, sus libros, la mesa en la que deposita como en una cuna sus melodías nacientes, el piano que es su voz, los divanes en cuyos almohadones ha descansado tantas veces la cabeza cargada de musicales ensueños.

Que los hombres se maten en pleno campo, si tal es su gusto. ¡Pero trastornar con sus pasos de hierro el silencioso recogimiento de la casa del

artista! ¡Encender la pipa con pedazos de sus partituras, meter las espuelas en sus muebles, instalarse ante el amado instrumento para teclear canciones de cuartel!... ¡Ah, no!

El músico, tímido y pacífico, se yergue como un cordero enloquecido, al que hubiesen inyectado el virus de la rabia.

Resuena ante la casa el galope de una invasión de jinetes. Golpes en la puerta, que cede y se viene abajo. Al pie de la escalera está el músico empuñando el revólver. ¡Héroe absurdo y grandioso! Un hombre contra todo un cuerpo de ejército que ocupa el pueblo. Esta hazaña sólo puede intentarla un artista ensimismado que despierta, un soñador que vivió al margen de la realidad.

Levanta la mano y dispara. Cae un hulano... Después cae otro. El pelotón de invasores hace fuego y Magnard cae a su vez sobre los dos cadáveres, pudiendo ver, con los ojos vidriosos de la agonía, las primeras llamas que corren sobre los papeles, se remontan por las cortinas, lamen los pies de los muebles...

Los invasores, irritados, arrojan su cadáver en la gran hoguera que forma la casa.

El músico se consume, se volatiliza, lo mismo que los antiguos paladines quemados sobre su escudo, en una pira de guerreros despojos. El piano y las partituras se marchan con él, como trofeos de heroísmo.

Juegos de trinchera⁵

Dos meses de vida casi subterránea, quebrantaban el carácter más bien templado y los odios de nacionalidad. Se contemplan los enemigos a corta distancia en el campo de batalla, metidos en sus trincheras. Algunas de estas solo están separadas por una distancia de cincuenta metros. Las más lejanas se hallan a tiro de fusil.

Ambos bandos se envían descargas apenas ven moverse, a flor de tierra, a algo que puede servir de blanco. Pero tienen que comer y dormir, y el más irascible acaba por fatigarse de estar días fusilando a los de la zanja de enfrente. Partieron a la guerra con la esperanza de ser héroes y llevan una vida de hormigas. El aburrimiento sin fin conocido es más terrible que la muerte.

Es verdad que cuentan para distraerse con la gran emoción de los enormes proyectiles que vienen zumbando, lo mismo que aeroplano, de diez o doce kilómetros de distancia, masas de acero preñadas de diabólicos explosivos que, al estallar sobre una trinchera, matan a los hombres y los entierran, todo a un tiempo. Pero esta diversión se hace monótona a la larga y hay días en que falta, pues los artilleros necesitan descanso. Además, hay que combatir el entumecimiento de la inmovilidad y del frío; la fatigosa modorra al permanecer sentado en el fondo de un zanjón, oyendo las mismas conversaciones; los tormentos olfativos del amontonamiento forzoso, ya que nadie asoma la cabeza ni la mano, sin recibir el saludo de una lluvia de balazos.

Un oficial británico escribe a los periódicos de su país, «para que seamos héroes enviadnos tres cosas: mucho tabaco, barajas y calcetines gruesos». Los ingleses, deseosos de combatir el aburrimiento, entonan sus canciones amorosas a una Kate imaginaria que han dejado en Londres. Los alemanes contestan repitiendo a coro la última frase incopiable de Waterloo.

En fuerza de fusilarse, una tregua instintiva se establece entre ellos. La proximidad va creando costumbres igualmente respetadas. Acaban por ser amigos a ciertas horas, sin verse ni conocerse. Son como los vecinos de una casa que no se hablan ni saludan, pero al vivir bajo el mismo techo se sienten ligados por una silenciosa confraternidad.

Hace pocos días, los franceses de una trinchera de primera línea se vieron sorprendidos por una visita inesperada. Estaban conversando envueltos en sus mantas, bajo el abrigo de un techo formado con puertas, cuando vieron descender por la rampa de la trinchera a un alemán. Nadie se movió. El enemigo no era temible: un mozo peliblanco, sonrosado y orejudo, con gorro de cuartel, y llevando en las manos dos latas llenas de agua. Cuando sus ojos

⁵ *Mundo Gráfico*, 9-12-1914; *El Pueblo* [México], 24-1-1915; *El Paso Times*, 26-2-1915.

podieron ver en la penumbra de la trinchera, la sorpresa y el miedo le hicieron soltar la carga. Los camaradas lo habían enviado por agua a una fuente próxima, y al volver, se equivocó de casa.

El vigía francés, conociendo su error, lo había dejado aproximarse.

Carcajada general ante este incidente que interrumpe la monótona existencia de la trinchera. Lenguaje mímico, risas y breves palabras en alemán macarrónico para entenderse con el recién llegado. Hay que obsequiar a las visitas, como buenos dueños de casa.

Los franceses ofrecen tabaco al amigo «boche», luego pan, luego carne, luego un trago de vino. Todos rivalizan en generosidad y el mozo peliblanco sonríe angelicalmente, encantado de su equivocación, sin dejar de mover la poderosa y triturante mandíbula.

Al fin se cansan de este visitante mudo y tragón y le ponen otra vez en las manos las asas de los cubos. Encantados de haberle conocido. Puede retirarse. El alemán emprende la marcha de una trinchera a otra. Los franceses asoman sus cabezas a ras de tierra para verlo y reír por última vez. Una descarga de la acera de enfrente saluda su aparición. Irritados por esta descortesía se disponen a responder, y el alemán de los cubos se echa al suelo, se arrastra para llegar a casa sin soltar los dos receptáculos, que pierden hasta la última gota de agua.

Los españoles en la guerra⁶

Las nueve de la noche, en el bulevar de los Italianos, con una temperatura de tres bajo cero. Un frío seco congestiona las caras y hace ocultar las manos en lo más profundo de los bolsillos, mientras los pies golpean con fuerza el asfalto, que parece cristalizado. Un círculo de vaporosa respiración circunda las cabezas. Los caballos, extenuados, que tiran a estas horas trabajosamente de los coches de alquiler, lanzan por sus narices dos chorros de vapor con dirección al pavimento y todos sus pelos parecen respirar.

Poca gente: algunos grupos que por la fuerza de la costumbre han venido a saber noticias y las comentan inmóviles, sin sentir la temperatura; unas cuantas paseantes que ejercen su industria valerosamente, como rezagadas tenaces del gran ejército de otros tiempos que la guerra y la escasez de dinero han puesto en fuga. En los cafés amontonan los camareros sillas y mesas bajo las lámparas a media luz. En los restaurantes los últimos parroquianos toman apresuradamente el café, mientras los domésticos hacen los preparativos del cierre.

La fila central de candelabros eléctricos es la única luz del bulevar; pero estos faros son rojizos, de vacilante resplandor. Parecen heridas luminosas que expelen sangre a borbotones; un verdadero alumbrado de guerra. Y a su luz dudosa, que deja las aceras en la penumbra, van desfilando grupos en los que son más abundantes los uniformes que los trajes civiles; ingleses secos y altos, vestidos de gris, jugueteando con un bastoncillo que representa la mayor elegancia de un guerrero británico; soldados belgas con gorra picuda de cuartel y una borla sobre la frente; militares franceses en cuyo equipo se han borrado las notas vivas de color que tan visible lo hacían a los tiros enemigos. Unos caminan con paso marcial, otros se apoyan en bastones o arrastran una pierna; algunos sobre el pecho grisáceo y polvoriento del viejo capote lucen, como una herida fresca, la nota roja de la condecoración recién ganada.

En la acera de enfrente veo un grupo que camina, se detiene y vuelve a marchar, rodeado de curiosos. Son soldados que hablan a gritos, ríen, manotean y se empujan. Este alborozo contrasta con la discreción silenciosa y triste de los demás compañeros de armas. Llevan el gorro rojo y los amplios calzones de las tropas africanas.

—¡Los turcos! ¡Los turcos! —dicen los curiosos y atraviesan la calle para verlos de cerca, con el interés infantil que inspira a los parisienses todo lo exótico.

⁶ *La Esfera*, 12-12-1914.

Estos turcos van vestidos de verano en pleno invierno. Sus calzones moriscos son de dril. Una capita de paño azul, corta como una esclavina, es todo su abrigo de uniforme. Pero ellos combaten el frío arrollándose al cuello varias prendas de procedencia civil que la distancia no me permite reconocer.

Sigo mi paseo, alejándome de este grupo que se agranda rápidamente con la afluencia de curiosos. El pelotón de alegres turcos parece una estudiantina en una noche de Carnaval.

Minutos después entro en una cigarrería, la única que a tales horas está abierta en el bulevar. Llego al mostrador abriéndome paso entre los numerosos parroquianos que hacen su provisión de tabaco, antes que la tienda se cierre. De pronto una voz, unas palabras que me hacen volver la cabeza, como el que escucha inesperadamente una canción de la juventud.

—¡Recontra! Cuida del saco; no lo sueltes... No seas manazas.

Los tiradores argelinos, los llamados *turcos*, han invadido la cigarrería. Unos cuantos están a mi lado comprando tabaco; dos ocupan la puerta; el resto se mantiene en la acera haciendo frente a la curiosidad pública y contestando a las preguntas de los grupos.

El que ha hablado es uno de los dos que están en la puerta. Me aproximo a él atraído por la sorpresa. Es un hombre joven, membrudo, quemado por el sol y el relente, con largos bigotes rubios. Su compañero, que no habla y sonrío, tiene la tez de color de chocolate y muestra entre los labios azulados una dentadura de lobo.

El rubio adivina mi pregunta en mis ojos antes que en las palabras.

—Sí, señor; español. Y todos los camaradas españoles también. Solo vienen tres moros con nosotros.



Un tirador argelino hablando con una muchacha francesa en las calles de París

Miro a los compañeros que compran tabaco: todos rubios igualmente, de ese rubio español tostado, metálico, que abunda en las costas de Levante.

—Pero ustedes son de Argel.

—Sí, señor, somos de Argel... Pero somos españoles.

Y lo dice con orgullosa majestad, como si quisiera que todos los curiosos amasados en la puerta, y todos los bulevares, y París por completo, se enterasen de su españolismo.

Le doy el tabaco que acabo de comprar, luego pido más y lo entrego a los otros tiradores.

El compañero que guarda el saco, al ver el reparto, extrema su sonrisa achocolatada y enseña aun más sus dientes luminosos.

—Yo morito —dice con voz gutural, golpeándose el pecho—. Yo morito... amigo de Pepe y de españoles.

Pepe es su compañero que lo corrige con un aire de superioridad, por la avidez que muestra ante el tabaco.

—Cállate, Mustafá, y no seas sinvergüenza. Más valdría que cuidases del saco y no lo dejaras en el suelo.

Después me dice guiñando un ojo, con expresión protectora:

—No le haga usted caso: es un infeliz... Es mi secretario.

Este Pepe, figura indudablemente como el orador de la partida. En su conversación se columbran frases de periódico, cuidadosamente guardadas en la memoria, que refluyen con más o menos oportunidad. Los otros españoles son mocetones tímidos, que agradecen el obsequio con un rubor de labriegos vacilantes al expresar su gratitud. Este sabio, enganchado en los tiradores de Argel, debe ser el que se encarga en los alojamientos de ablandar a la dueña de la casa con el relato de sus miserias, y conseguir la ayuda de las criadas con sus chicleos.

En un momento me cuenta la historia del grupo. Acaban de salir del hospital y van a pasar la noche en el cuartel. Al día siguiente partirán no saben para dónde. Y prolongan lo más posible las breves horas del tránsito por el centro de París, hablando con la gente, deteniéndose, gritando y jugueteando como escolares en huelga. ¡La estancia en el hospital!... Un verdadero paraíso. Los cuidaban grandes señoras...

—Condesas y marquesas, ¿sabe usted?... y yo como tengo mi poquito de educación era el niño mimado... ¡Qué de regalos!

Pepe mira una vez más el saco que guarda Mustafá. Encierra el tesoro de la compañía; todo lo que las buenas damas les han dado: botes de conservas, chocolate, dulces, varias botellas entregadas ocultamente a espaldas de los médicos.

La munificencia caritativa se nota en las personas de estos heridos, que entraron en el hospital a fines del verano y salen en pleno invierno. El orador

lleva arrollada al cuello una boa elegante de pieles; sus compañeros se abrigan igualmente con estolas femeniles; Mustafá ostenta una esclavina vieja de pellejos de gato, regalo de una venerable devota que se interesó por la salvación de su alma musulmana.

Hemos salido a la calle y hablamos rodeados del grupo de curiosos, cada vez más grande. La gente, al oírnos conversar en un idioma extraño, adivina nuestra nacionalidad con el seguro instinto de las muchedumbres.

—¡Los turcos! ¡Los argelinos! Están hablando en árabe con uno de su país.

Me siento acariciado por un ambiente de consideración y curiosidad. Se fijan en la roseta de la Legión de Honor. Debo ser un personaje de los oasis argelinos, un jefe árabe que se ha despojado de su alquicel para venir a París a divertirse un poco.

Una muchacha del bulevar se lleva una mano a su boca pintada y envía un beso al tirador verboso. No entiende lo que habla, pero presume que debe estar contando hazañas sublimes. ¡Para ti, héroe!

—*Merci, madame*—dice Pepe, y luego añade para mí, como si fuese su confidente.

—¡Lástima que vaya deprisa!...

Es inútil preguntarle en qué acción fue herido. Les han recomendado la más absoluta discreción sobre el lugar de las operaciones y evitan los detalles en su relato.

—Todos hemos sido heridos en la frontera de Bélgica.

Y no dice más.

Solo se muestra expansivo al hablar de sus compatriotas que están en la guerra.

—¿Que si somos muchos?... ¡Muchos! En los batallones de tiradores argelinos todo el que no es moro, es español. Más de la mitad de mi compañía, éramos de la tierra. Hablamos entre nosotros en castellano o en valenciano. Los moritos nos entienden y hablan también. Los oficiales son franceses, pero hace años que viven en Argel y conocen nuestra lengua. ¡Los coros de zarzuela que llevamos cantados por la noche, frente a los enemigos que cantan algo así como música de iglesia!

Luego añade con orgullo:

—Usted de seguro que habrá oído hablar de nosotros: habrá leído algo sobre los «turcos» y su manera de reñir. Han caído muchos de los nuestros, ¡muchos!, pero no lo hemos hecho del todo mal. Los alemanes nos tienen un poquito de aprensión. Son gente valerosa y tozuda, ¡pero nosotros!... Nos llaman salvajes y critican nuestro modo de pelear. Cada uno pega como puede, ¿no le parece, caballero? Cuando el encuentro es en un bosque nos subimos a los árboles y desde arriba ¡eche usted balas, que nadie sabe de dónde vienen!...

Luego, en el momento oportuno, gente abajo y ¡a la bayoneta! Tuvimos que retirarnos cuando nos aplastaban tirando de lejos, ¿pero al arma blanca?... ¡Vamos, hombre!... Donde entren los turcos diga usted que abren agujero.

La masa de curiosos va aumentando. Un capitán herido que pasa apoyado en el brazo de su esposa, mira con severidad a estos soldados. Pepe da la orden de marcha.

—¡Adelante los españoles! Tú, Mustafá, cuida del saco.

Mustafá da furiosas chupadas a un puro de quince céntimos y se echa el saco al hombro, violentamente, haciendo chocar las ocultas botillas.

—¡Reconcho! ¡Que vas a romper algo!

Luego Pepe contiene la indignación contra su secretario y se vuelve hacia mí para despedirse.

—Con Dios, caballero. Tal vez no nos veremos nunca; tal vez me maten cuando llegue allá. Pero crea usted que aquello es más divertido que esto. Se vive entre amigos, se canta, se dan golpes y se reciben... Cuando lea que los «turcos» han hecho esto o aquello, diga usted: «Son los paisanos que están haciendo una de las suyas...» Morito, ¡ojo con el saco!

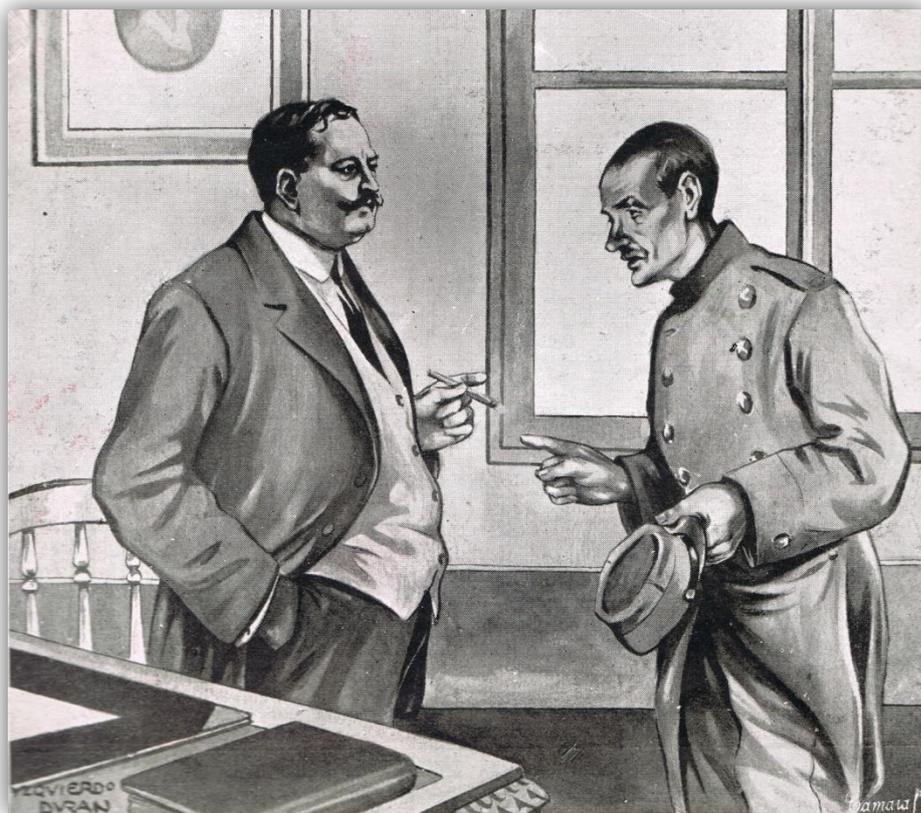
Y el grupo de argelinos se aleja, seguido por los curiosos, hablando fuerte, manoteando, empujándose, como una alegre comparsa.

Un héroe⁷

Un soldado Francés desea hablarme.

Empuja la criada la puerta del estudio y entra un soldadito de infantería con aspecto de miseria y cansancio. El pantalón rojo ha tomado un color obscuro de ladrillo: en cambio el capote azul es casi blanco, por haber devorado su tinte las lluvias y el sol. El quepis, bajo su funda oscura, se revela blando y arrugado, lo mismo que un fuelle. Es un uniforme de guerra, de trinchera, que denuncia largas semanas sin despegarse del cuerpo, sirviendo a la vez de cama y de envoltura.

Su portador ofrece mejor aspecto. Va limpio, bien lavado y afeitado, con un ligero perfume en la cabeza, recién salida de manos del peluquero. En una muñeca, un reloj pulsera de oro. En la otra mano sortijas y un buen cigarro de marca cubana.



⁷ *La Esfera*, 2-1-1915.

Creo reconocer este rostro pálido y sonriente: dudo, reconcentro la memoria, pero el soldadito me evita el trabajo mental hablándome en valenciano. *Don Visent... don Visent*. ¿Es que no lo reconoczo?

Me acuerdo de pronto de un muchacho de mi tierra, que vive en París, un correligionario de veintitantos años que hace memoria más que yo de los mítines ruidosos de propaganda y los artículos de polémica. Es Llopis, convertido en soldado francés; Llopis, perteneciente a una familia acomodada y que se dedica en Francia a la importación de frutas.

Este muchacho, que tiene dinero y vive con desahogo, me cuenta su vida heroica, aventurera y penosa, durante los últimos cuatro meses. Sale del hospital: su carrera militar ha terminado; ya no sirve para la guerra; no lo quieren.

—¡Te has batido por Francia! —exclamo admirándole.

—Sí; me he batido por la República —contesta con sencillez.

Esta respuesta me descubre su pensamiento. Muchacho desinteresado y romántico. No se ha batido por Francia que es una nación, algo concreto que a él no le interesa directamente, pues pertenece a otro pueblo. Se ha batido por lo abstracto, por un ideal, lo mismo que los antiguos caballeros andantes, por la República, como dice con ingenua concisión.

Veo en él, mi propia ijuventud y la de muchos que luego han ido a parar a las playas más remotas y opuestas. Admiro la edad de los entusiasmos generosos. Este también se ha dormido por la noche con *Los Girondinos*, de Lamartine, entre las manos, y se ha desayunado al día siguiente con un capítulo lírico de Michelet, cantando las sublimidades de la Revolución. Además es un levantino de los que infunden a sus entusiasmos políticos un fervor de religiosidad artística, de los que ciñen el gorro rojo de la matrona ideal, con una corona de rosas. ¡Y pensar que en la fe incommovible de este joven, que lo ha arrastrado a las aventuras heroicas, tal vez tengo mucha parte por mis palabras de ayer!...

En las noches anteriores a la guerra corrió el bulevar, detrás de una bandera española, con un grupo de compatriotas, dando vivas a la República. Coreó en los cafés *La Marsellesa* y *El canto de partida*. Luego fue a la estación del Este para aclamar la salida de las primeras tropas. El entusiasmo del pueblo, los alistamientos, las mujeres enviando besos a los soldados y adornando con flores la artillería y los fusiles, caldearon su entusiasmo, poniendo en pie las antiguas lecturas. Era la Revolución, con sus escenas de lírica grandeza que volvían a encarnarse en la realidad. El *Noventa y tres*, de Víctor Hugo, se salía de las páginas de la novela para esparcirse por los bulevares. Los viejos, heroicos y desgraciados, de 1870, se exhibían entre la muchedumbre, luciendo en la solapa la cinta verde y negra. La Francia revolucionaria, elocuente y romántica,

había resucitado. Solo faltaba un Danton o un Gambetta que hablasen. La noche anterior había sido asesinado Jaurés en el café del Croissant.

El muchacho creyó que debía hacer algo más que cantar himnos y dar vivas. Se acordó de los voluntarios de 1792. Quería tomar un fusil, pero inmediatamente. No tuvo paciencia para esperar durante un mes a que el gobierno admitiese extranjeros en su ejército. Además, a su individualismo español, rebelde a toda agrupación, le repugnaba juntarse con los compatriotas. Deseaba presentarse solo, ingresando en uno de los regimientos que salían para la frontera. Se imaginaba que la guerra iba a ser corto y temía llegar tarde.

Contando con relaciones y dinero se dirigió a una plaza fronteriza y después de muchas gestiones fue admitido en un batallón. En aquellos momentos aún creían todos que esta guerra por la libertad de las provincias cautivas iba a desarrollarse en Alsacia y Lorena.

El joven español fue el soldado de bolsa generosa que protege a los camaradas y los obsequia. Ofrecía su tabaco a los oficiales en las escaseces de la campaña, compraba víveres a cualquier precio, en los pueblos casi abandonados.

Su batallón penetró de los primeros en Alsacia. Los soldados se abrazaban a los postes fronterizos, arrancándolos con un tirón rabioso, sobrehumano. Cuarenta años de cólera nacional agigantaban sus fuerzas. ¡Al fin!... Y los postes pintados a fajas rojas y negras, con el águila bicéfala en el medallón de su remate, eran descuajados del suelo alsaciano. Batiéndose incesantemente, unas veces tendido al amparo de los repliegues del terreno, otras cargando a la bayoneta a á pecho descubierto, el español entró en Altkirch, entró en Mulhouse.

La población los recibía del modo más diverso. Los alemanes establecidos en la tierra hacían fuego sobre sus espaldas desde las ventanas, o iban rematando a los extraviados y zagueros. Los hijos de Alsacia salían a su encuentro, con víveres y bebidas. Miraban los niños con veneración y asombro los pantalones rojos, símbolo de la patria perdida; lloraban las viejas al contemplarlos y tocaban su tela burda como una reliquia de los tiempos felices. Se incorporaban los ancianos en sus sillones de enfermo: «Al fin volvéis. ¡Cuánto habéis tardado!... Pero ya estáis aquí...» Los campanarios con sus techos de pizarra, sus gallos de hierro en el remate y sus ventanales, que sirven de refugio a los nidos de cigüeñas, soltaban al verles llegar el sonoro revuelo de sus pájaros de bronce. De pronto se abría el camino lo mismo que un cráter, enterrando entre fuego y metralla un centenar de hombres. Eran las minas del enemigo.

Los contraataques de fuerzas superiores les hicieron retroceder. «¡Os vais! ¡Os vais!» —clamaban las alsacianas viendo alejarse los soldaditos de piernas rojas...— Se fueron prometiendo volver, y volvieron al poco tiempo por

distinta ruta, escalando las pendientes de los Vosgos detrás de los cazadores alpinos, soldados-cabras, de boina azul y piernas gimnásticas que aman el precipicio y vuelan de roca en roca.

Tres meses de combates. El español hizo proezas. Recogió compañeros caídos, desafiando el fuego de los contrarios; fue herido a su vez y se curó rápidamente, volviendo a los pocos días en busca de su batallón; los oficiales le prometieron que sería citado en la orden del día. ¡Quién sabe a dónde hubiera llegado en su entusiasmo juvenil! ¡Quién sabe si se repetiría en su persona la historia asombrosa de aquellos soldados de la primera República que conocieron la gloria a los veinte años! Hasta que un día...

El muchacho se interrumpe, calla con aire de tristeza y al fin dice resignadamente:

—Ahora no sirvo para nada. He recibido un golpe en el pecho y me ahogo al marchar. Mis jefes me envían a París. Van a «reformarme».

Su defecto es grave. Al soldado no le basta el corazón; necesita unas piernas férreas, un estómago firme, unos pulmones de fuelle. Batirse lo pueden hacer todos, por entusiasmo, por deber, por instinto de conservación. Marchar, correr, sufrir escaseces, solo lo resisten los jóvenes.

El soldadito heroico vacila antes de revelar cómo terminó su carrera de peligros y aventuras.

Le parece vergonzoso este final. Al fin su palidez se colorea con un ligero rubor y confiesa su desgracia.

Fue una coz, una coz de caballo recibida en mitad del pecho, cuando avanzaba en un grupo de compañeros, con la bayoneta por delante. No sabe siquiera lo procedencia del maligno bruto, ¿Era de un hulano? ¿Era de un francés?... En los tremendos choques de la guerra, en los mortales encontronazos de hombres y bestias, los caballos pacíficos, asustados por el estruendo, picados por el acero, heridos y, con la piel sajada por extensos desgarrones, se enloquecen, muerden y cocean.

—Es triste —dice el muchacho melancólicamente.

Sí; es triste. Haber desafiado la fusilería, los grandes proyectiles que vienen de la línea del horizonte, los aeroplanos, las minas, la metralla que cae del cielo y la que surge del sucio, paro terminar la carrera de héroe bajo una coz traidora...

Así es lo guerra; así también la vida. Cuando creemos marchar camino de la gloria, la realidad nos detiene poniéndonos sus herraduras en mitad del pecho.

Visiones de la guerra⁸

He pasado ocho días en el frente, viviendo en el cuartel general de Franchet d'Esperey, general en jefe del quinto ejército francés.

He pasado una noche en una trinchera, a ciento cincuenta metros de los alemanes, oyendo sus conversaciones y sus cánticos, como algo lejano y profundo que surgía del fondo de la tierra. He vivido la misma existencia ordinaria del combatiente. He presenciado un combate de artillería pesada, viendo cómo tiran en pleno campo, borrando granjas y segando bosques, los grandes cañones que antes solo se empleaban en el asedio de las ciudades. He oído el abejorreo pegajoso de las balas de fusil, bajando instintivamente la cabeza. He visto pasar las granadas por el espacio. Iban muy altas; pero las he visto. Eran menos que una nubecita; un simple jirón de vapor amarillento. Pero el ruido resulta semejante al de una rueda de vagón que fuese suelta por el aire, rodando y rodando, con un silbido estridente. Al escucharlo las primeras veces, me he quedado con los pies fijos en el suelo. Después, la tierra que salta a lo lejos como un surtidor de polvo y de piedras; un trueno que hace oscilar con sorda ondulación la corteza terrestre; una columna de humo negro que se remonta doscientos o trescientos metros.

—¿Tiene usted miedo? —me preguntó Franchet d'Esperey, cuando yo le supliqué que me dejase ver todo lo de la guerra; absolutamente todo.

Hay que conocer a este general. Es uno de los bravos de la presente guerra. No lo han derrotado nunca. En Charleroi, la batalla desgraciada, hubo que ordenarle que se retirase, cuando seguía peleando con éxito en su sector. En la retirada hacia el Marne, retrocedió como el atleta que da pasos atrás sin



⁸ *La Esfera*, 12-6-1915.

volver la cara, y envía de vez en cuando un puñetazo para mantener al adversario a respetuosa distancia. Su combate de Gusa detuvo a los invasores e infligió grandes pérdidas a la guardia imperial. Luego, en el Marne, operando en contacto con French y sus ingleses, hizo retroceder a los enemigos hasta más allá de Reims.

Yo sé lo que hay que contestar a este hombre que ha hecho la guerra en todas las colonias de África y hasta en la China; a este soldado que tiene algo de español —según él mismo dice— por haber nacido en Argel, y cuyos abuelos todos militares de profesión, sirvieron a los reyes de España en la guardia valona.

—Sí, general; tengo mucho miedo. Pero tengo vergüenza y con ella y el interés de la curiosidad, procuraré arreglar las cosas de modo que el miedo no se me conozca.



Blasco Ibáñez presenciando la carga de un cañón de gran calibre.—El artillero tiene en la mano el doble saco de pólvora POTS. FRANC

Y el bravo Franchet d'Esperey no ha quedado descontento de mí.

He visto Reims y su catedral.

Los alemanes niegan la destrucción del monumento. Desde sus lejanas baterías pueden ver con poderosos gemelos de campaña la masa del templo, en cuyo interior conoció Juana de Arco el mejor momento de su gloria.

Si por destrucción se entiende el completo arrasamiento de una obra arquitectónica, los alemanes dicen verdad. La catedral de Reims no ha sido destruida. Yo la vi como siempre, al acercarme a la histórica población,

destacando sobre el cielo moteado de nubecillas de granadas sus dos torres robustas.

Pero con igual motivo podría decirse de alguien que hubiese muerto hace muchos años, legando su esqueleto a un museo de medicina. «Su fallecimiento es mentira. Ayer lo vi, magníficamente conservado. Por cierto que estaba de pie.»

La catedral de Reims no ha sido destruida, ha sido simplemente «vitriolada». Queda en ella lo que es pura albañilería. Ha desaparecido todo lo que significa arte. Su epidermis no existe; y en la epidermis, envoltura de la forma, reside la belleza.

Es hoy la catedral como una mujer hermosa que hubiese recibido en la cara, en las manos, en el pecho, la rociada de un líquido ardiente y corrosivo. La víctima se mantiene de pie, puede respirar, puede cumplir las más groseras funciones de la vida, pero su exterior es una llaga inmensa; el rostro, admirado antes, infunde espanto.

Los bloques de la fachada y los muros laterales, sostenidos por los arbotantes, siguen en su inmovilidad vertical. Pero al pie de ellos, varios siglos de arte yacen en escombros. Cabezas de vírgenes, cuerpos de santos y de reyes, calados doseletes, esbeltas columnillas, todo se ha convertido en polvo o en informes guijarros. La catedral soberbia, cantada por Víctor Hugo en las fiestas de la Consagración de los reyes, parece ahora uno de esos edificios venerables que echa abajo el contratista vulgar para abrir una nueva calle.

El cañón continúa tronando a lo lejos. El templo histórico, que ya no tiene bóvedas, que solo guarda el esqueleto de sus muros, sigue recibiendo proyectiles.

Hay algo de pueril en esta saña destructora. Recuerda la maldad de un niño travieso que luego de romper una estatua, la desmenuza para ver lo que tiene dentro.

Esta Francia es la nación-Anteo que encuentra siempre un depósito de energías internas para su gloriosa renovación. Cuando cae y parece tocar el suelo, se levanta, empujada por el resorte de su vitalidad. Es, además, «la gran calumniada» de los tiempos modernos. Todos creen conocerla perfectamente porque conocen los bulevares de París y han visto sus obras de teatro. No saben que los tipos representativos de la Francia en tiempo normal, el escritor frívolo, la dama del gran mundo, las gentes de placer, son personajes falsos y entrometidos que fingen lo que no son, lo mismo que los cómicos. La verdadera Francia está entre bastidores y en el foso. Es una muchedumbre anónima y de aspecto vulgar, sin brillantez ni distinción. Pero cuando llega la hora del peligro, cuando alguien grita: «¡Sálvese quien pueda!», muestra una heroica

serenidad, sube a las tablas y ocupa el lugar de los deslumbrantes actores que huyen derrotados como miserables polichinelas.

Mientras las fuerzas ocultas de este pueblo latían en silencio, como la savia de los árboles para una nueva expansión primaveral, el vulgo, todo el planeta, creía en su total decadencia. Todo lo que es grande y sublime se repite en él, con la regularidad de un péndulo en movimiento. Un período de falsa decadencia. Los mismos franceses —que son iguales a los españoles en la afición a exagerar los males de su país— se encargan de hacer creer al mundo que viven en la más vergonzosa de las situaciones. Luego, un salto hacia delante. Sorpresa general, Francia vuelve a ser el gran pueblo de Europa.

Su período de mayor gloria militar fue el de las guerras de la República, muy superior al del Imperio. La primera República tuvo que improvisarlo todo: soldados, armas, generales. Napoleón fue el heredero de genio que aprovechó los ahorros amontonados por sus antecesores. La República conservó sus conquistas, hechas a nombre de la Libertad.

El imperio perdió toda su fortuna, amasada por la ambición.

La gloria de la primera República se reproduce en la tercera con exacta fidelidad. El *sans-culotte*, que fue de batalla en batalla con la *Marsellesa* en la boca y la bayoneta por delante, es ahora el *poilu* de las trincheras. Los generales del presente son menos jóvenes que los de la Revolución, pero han surgido a la vida de la gloria con la misma novedad fulminante. Al empezar la guerra, nadie en Francia conocía sus nombres. Joffre y los generales a sus órdenes son modestos, simples y heroicos, como Hoche y Marceau; guerreros-ciudadanos, respetuosos del poder civil y sin la menor veleidad de soberbia militarista.

La diplomacia francesa ha sabido preparar la salvación de su país, como Danton en vísperas de Valmy. Mientras el mundo creía en la total decadencia de este pueblo, Poincaré, Delcassé y otros hombres organizaban la opinión europea, separándola de los imperios centrales y excitándola contra ellos. Estos diplomáticos profundos no usan bandas ni cruces. Cualquiera puede poner reparos a sus levitas. Algunos de ellos tienen el aire de plácidos notarios. Pero han realizado una obra inmensa, sin necesidad del gesto teatral y del casco de Lohengrin.

Del seno del pueblo han surgido los organizadores de la victoria, lo mismo que en la primera República. El ministro de la Guerra, respetado y aplaudido por todos, es un antiguo socialista: Millerand. Otro socialista dirige los ferrocarriles, Marcel Sembat. El más importante de los servicios, el de la provisión de municiones, está confiado a un subsecretario de Estado, segundo ministro de la Guerra, Albert Thomas, joven profesor, amigo mío, que era el lugarteniente de Jaurés.

La abundancia de proyectiles —según dice el mariscal French— es lo que decidirá la guerra. Y este joven ministro socialista, que hace un año era un

tranquilo profesor, pone en movimiento la industria francesa como un comisario de la Convención, para dar alimento abundante a los miles y miles de cañones que hacen 20 disparos por minuto.

Al anoecer he visto en los caminos a los soldados que volvían de las trincheras para descansar en sus acantonamientos. Iban sucios de barro, con grandes barbas; mejor alimentados y vestidos que los guerreros de la Revolución, pero con el mismo fulgor heroico en los ojos.

Estos soldados cantan. En el crepúsculo de color violeta, punteado por el fulgor de las primeras estrellas, se esparce el coro varonil del *Canto de partida*. Yo prefiero este himno a *La Marsellesa*. No es el hallazgo genial de un aficionado. Es la obra solemne de dos artistas poseídos de una emoción religiosa ante los peligros y la grandeza de su patria.



En las filas de franceses, armados y uniformados, tal vez marcha algún sacerdote con la mochila a la espalda.

La fresca respiración de la noche que llega esparce a lo lejos por caminos, valles y colinas las palabras de Chénier, la melodía de Méhul:

*La Republique nous appelle
Il faut vaincre, il faut périr:
Un français doit vivre pour elle
Pour elle un français doit mourir.*